



María Eugenia Navarro Ruiz\*

A proposito de las culturas  
que hablan en mi.  
Tres generaciones de  
mujeres santandereanas.

---

\* Psicóloga, consultora empresarial, Integrante del Grupo Mujer y Sociedad.

Decidí abordar este tema a raíz de que he regresado a vivir a Bucaramanga y han surgido en mí los recuerdos de una época de mi vida que me demuestran como los valores de nuestra cultura están tan profundamente arraigados en nuestra vida, que a pesar de una posición crítica, en ocasiones, he tenido incoherencia entre lo que pienso, siento y la manera como actúo.

Al reencontrarme con miembros de la familia he ido explorando el pasado y a través de sus vivencias, recuerdos y una que otra anécdota, redescubriendo muchos valores, creencias, actitudes que han hablado a lo largo de mi vida

He querido centrar mi reflexión sobre las mujeres que hablan en mí, la abuela materna, mamá y por supuesto aquella que llamo “yo”. No hago referencia a la abuela paterna porque con ella no conviví, murió cuando papá tenía 13 años de edad y actualmente no tengo a quién preguntar sobre ella, aunque estoy segura que mucho de ella lo recibí a través de mi padre.

Mamá nació en Piedecuesta (Santander) en el seno de una familia de clase media, de estructura netamente patriarcal. La figura central de la familia fue mi abuelo, de él siempre se habla con admiración, cuentan historias a través de las cuales se ha transmitido la imagen de un hombre muy fuerte, orgulloso, valiente, creativo, con mucha autoridad, un hombre que inspiraba respeto. La figura de mi abuela aparece siempre subordinada a la de él, entre sí eran primos hermanos y se casaron cuando ella tenía 15 años de edad (en el año 1909), mi abuelo acogió en su hogar a su suegra que para entonces había quedado viuda. Tuvieron 11 hijos de los cuales sólo sobrevivieron 5, tres mujeres y dos hombres.

Siempre se nos transmitió que procedíamos de una familia tradicional de Piedecuesta, una familia “bien”, no tanto por su riqueza como por su “sangre” es decir, con características físicas de raza blanca (rubios, muchos con ojos azules) y que formaban parte de una familia que tenía un estatus alto dentro de la región. A sus descendientes se les identificaba como los hijos o nietos de Luis Ruiz Figueroa.

Había un cuidado especial por conservar el linaje, según contaba mamá sus amistades eran rigurosamente seleccionadas, básicamente les permitían relacionarse con los parientes y con muy pocas personas por fuera de la familia, ese hecho seguramente explica porque sus dos hermanas se casaron con parientes cercanos. Cuando mamá se enamoró de quien iba a ser su esposo, sus padres se referían a él como un “aparecido” pues llegó de otra región de Santander a trabajar como profesor en Piedecuesta. Cuando papá comenzó a pretenderla mi abuelo realizó literalmente una investigación sobre su procedencia y sólo admitió su entrada a la casa cuando incluso tuvo en sus manos los registros de nacimiento, a través de los cuales podía asegurarse de que no era un hombre casado.

Se impartía una educación diferente para los hombres y las mujeres. Los hombres representaban la familia, protegían su honor, en ellos se exaltaba la virilidad representada en ademanes fuertes, coraje y valentía, debían tener suficiente valor para enfrentar cualquier reto o situación de peligro, debían ser muy francos en sus expresiones, pero no dejar traslucir ningún signo de debilidad. En mis tíos siempre vi representados estos valores, contaban historias de la época de la violencia donde resaltaban las hazañas que habían realizado junto con el abuelo para proteger a su familia, nunca los vi llorar y jamás

demostrar el afecto a través de caricias o palabras amorosas, pero se les veía el orgullo por sus familias.

Las mujeres, como decía mi abuela, “son de la casa”, mamá y sus hermanas fueron formadas para realizar las actividades del hogar, debían prepararse para casarse con un hombre que las representara y protegiera tanto afectiva como económicamente. Aunque la abuela tuvo la responsabilidad de la crianza siempre siguió las pautas que fijaba el abuelo, él decidía hasta el largo del cabello que debían llevar sus hijas. Fueron mujeres con una gran capacidad de trabajo, se les enseñaba además de cocinar y otras labores domésticas, cocer, tejer, bordar, etc., formación que era reforzada en el colegio de monjas donde estudiaron. A diferencia de los hombres, en la educación de las mujeres era muy importante inculcarles valores religiosos, la religión era asunto de mujeres.

La posición de la mujer era de absoluta sumisión a la autoridad del hombre, sobre eso parece que no hubiera dudas, para la abuela aparentemente no presentaba ningún conflicto, ella vivía en función de su marido y sus hijos, esa capacidad de entrega y generosidad para con ellos era algo que valoraba mucho. Mi madre vivió la situación con algo de conflicto, especialmente porque no aceptaba la posición privilegiada que tenían sus hermanos, ellas tenían que atender sus exigencias. Recordaba, además, que su madre era mucho más estricta con ellas, tratando de mantenerlas siempre ocupadas en diversas labores de casa mientras los hombres gozaban de mucha más libertad, cosa que terminé aceptando como algo natural. Igualmente asimilé como un valor propio de la mujer, la capacidad de sacrificio personal para conseguir el bienestar de su marido y sus hijos.

Otro aspecto que era absolutamente controlado en las mujeres era su vida sexual, mientras los hombres eran iniciados tempranamente por el padre o los tíos, como símbolo de virilidad, las mujeres debían ser vigiladas estrictamente para que se ajustaran al ideal de una mujer recatada y pura, virtudes que estaban

asociadas al honor de la familia. En este sentido, se les protegía para que no hubiese posibilidad de ninguna experiencia sexual, las visitas de los novios eran vigiladas por la madre o los hermanos y a ellas se les mantenía en absoluta ignorancia con respecto a los temas como las funciones fisiológicas de la reproducción, temas que eran considerados pecaminosos y degradantes para la mujer. Mamá comentaba, no sin cierto orgullo, que ella llegó al matrimonio completamente inocente, fue en ese momento cuando “abrió los ojos”.

Mis padres se casaron y fijaron su residencia en Bucaramanga. Tuvieron cuatro hijos varones y la menor y única mujer fui yo. A los seis meses de nacimiento nos trasladamos para Bogotá, el abuelo había muerto y uno de sus hijos tomó su lugar.

Con respecto a mí, fui educada bajo las mismas pautas que mi madre, no obstante, viví con mucho más conflicto algunas etapas de mi vida. Mi adolescencia transcurrió en plenos años 60 y la única manera que encontré para romper con el estricto control de mis padres fue entrar en franca rebeldía, no sin sentimiento de culpa. Fui simpatizante y seguidora de los movimientos feministas y cuando ingresé a estudiar Antropología a la Universidad Nacional, tenía 16 años de edad, me volví atea e izquierdista. La capacidad de sacrificio, la obediencia, la mujer piadosa y hacendosa, se convirtieron para mí en símbolo de la subyugación de la mujer, mis ideas políticas e ideales de igualdad social chocaban con la censura que se quería ejercer sobre las actividades y núcleo de amistades que frecuentaba, en fin, comparada con mis primas, siempre salía mal evaluada.

No obstante, lo anterior, a los 19 años de edad (al igual que mi madre) contraí matrimonio con un santandereano, pariente de mamá y poco a poco empecé a vivir bajo los esquemas que tanto había rechazado, abandoné mis estudios para seguir a mi marido quien se fue a trabajar a Bucaramanga, me fui convirtiendo en la mujer sumisa y

sacrificada que había prometido no ser nunca. Finalmente, diez años después, cuando regresé a Bogotá e ingresé nuevamente a la Universidad Nacional, me divorcié y comenzó una nueva historia de mi vida.

La universidad Nacional fue para mí un espacio de reflexión y crítica. Un espacio con personas de diversas culturas, razas e ideologías, muchas de ellas dispuestas a cambiar el mundo. Este espacio en los años 80 representó para mí un reencuentro conmigo misma y una década en la cual me concentré más en el activismo feminista que en los movimientos políticos de izquierda que en la década de los 70 fueron el centro de mi interés.

El haber ingresado a la facultad de Psicología me permitió estar cercana a profesores y profesoras muy especiales con quienes abrí camino a mi nuevo mundo. Resalto especialmente a Florence Thomas a quien admiro y quiero mucho. En 1986, época en que me gradúe y me retiré de la Universidad, Florence, Yolanda Puyana Villamizar, María Himelda Ramírez, María Eugenia Martínez, Guiomar Dueñas y Juanita Barreto conformaron el Grupo Mujer y Sociedad, el cual considero ha tenido una gran trascendencia a nivel nacional, pero a nivel personal su cariño, conocimiento y sororidad me han permitido mantener coherencia entre mi pensamiento y orientación feminista y mi actuación cotidiana y personal.